

A partir de su advenimiento (175 antes de J.C.) se mostró Antíoco mal dispuesto para los judíos, por lo menos para los pietistas. Los empleos se daban a los judíos liberales, muchos de los cuales, para agradar al rey, abjuraron su religión y adoraron a Júpiter Olímpico. Numerosas fueron estas apostasías. Al renegado se le concedían todos los favores y se le reservaban los cargos y empleos lucrativos.

Es comprensible el horror y el dolor que todo judío fiel sentiría al ver a estos seres, adornados frecuentemente con títulos oficiales y espléndidamente retribuidos por su apostasía. Cada día crecía la epidemia de helenismo. Las modas de Antioquía se propagaban como por encanto: en la ciudad, la mayoría aplaudía tales novedades. El advenimiento de Antíoco dio al partido griego una fuerza invencible. El sumo sacerdote Onías III era el alma de la resistencia. Hombre piadoso y firme, había defendido en tiempo de Seleuco Filopator el tesoro del templo. Su hermano Jesús, que siguiendo la moda helenista se hacía llamar Jasón, dirigía el partido griego. El esfuerzo de este partido consistió en intentar la destitución de Onías, sustituyéndolo con Jasón. Éste prometió al rey mucho dinero y se comprometió a trabajar con todas sus fuerzas por la helenización de Jerusalén, mandando hacer un gimnasio y una efebía. Los habitantes de Jerusalén habían de ser inscritos como antioqueanos y considerados ciudadanos de Antioquía. Antíoco delegó su cargo a Jasón. La helenización recibió entonces un gran impulso. Se construyó el gimnasio, al que afluyó la juventud. Hubo una auténtica fiebre de innovaciones y de transformación. Todos se ocuparon en disimular la circuncisión y en tomar el aspecto de griegos. Nunca peligró tanto el destino de Israel como en aquella hora infausta (172 antes de J.C.). Con un esfuerzo más se perdía la Biblia hebraica y se borraba para siempre la religión judía.

Jasón no fue detenido por ningún escrúpulo. El año en que cayeron las fiestas quinquenales de Melkart en Tiro, envió un rico presente, como muestra de su generosidad. Los portadores del regalo fueron más timoratos que el gran sacerdote; entregaron el dinero, pero se las arreglaron de modo que no tuviera un empleo directamente litúrgico.

Jasón se mantuvo en el poder solamente tres años. Un tal Onías, que se hacía llamar Menelao, le suplantó prometiendo a Antíoco mayores cantidades de dinero. Para pagar esta especie de tributo se apoderó de los tesoros del templo y cometió toda clase de crímenes. El viejo Onías III

se había retirado a Dafne, cerca de Antioquía. Era hombre recto y de gran independencia de palabra. Menelao lo mandó asesinar, y así pereció el último gran sacerdote sadokita.

Jasón, a pesar de estar depuesto, continuaba intrigando. Entre ambos malvados hubo una verdadera rivalidad para saber quién haría más daño a su país. No se conocen los detalles de sus intrigas, pero se sabe que en 170, al volver Antíoco de una de sus expediciones de Egipto, entró en Jerusalén, hizo correr a mares la sangre y guiado en sus fechorías por el odioso Menelao, saqueó el templo, cuyos objetos más preciosos se llevó a Alejandría.

La situación era terrible. Parecía destruido todo sentimiento de moralidad, pero aún empeoraron más las cosas. En 168 hizo Antíoco otra expedición a Egipto, bruscamente detenida por el romano Pompilio Lena. Retrocedió furioso por el camino del Norte y desahogó toda su furia contra Jerusalén. Quizá motivara todo ello la connivencia de los judíos conservadores con los romanos. Entonces deseó Antíoco la abolición completa del judaísmo. Su medio de ejecución era claro y radical. Consistía en expulsar a los habitantes, sustituyéndolos por una colonia griega o helenizada, procedimiento muy común en aquella época. Casi todas las ciudades macedonias de Siria debían su origen a un *Veteres migrati coloni* más o menos brutal. Los judíos también acudieron a los mismos procedimientos cuando fueron los más fuertes. Antíoco encargó a uno de sus agentes fiscales, llamado Apolonio, ejecutar estas disposiciones. Muchos judíos abandonaron la ciudad; otros se quedaron y fueron condenados a muerte, y vendidos como esclavos sus mujeres e hijos. Los demás apostataron. Los huecos que dejaron la expulsión o el exterminio fueron ocupados por paganos. Pasaron meses y hasta años sin que hubiera en Antioquía ni un habitante judío.

No tenían mucha confianza los sirios en la nueva colonia llevada a Jerusalén, porque mandaron derribar las murallas, consideradas como apoyo permanente de la causa judía, y construir en la colina opuesta a Sion una ciudadela llamada Akra, que pudiera servir de fuerte a su guarnición y de refugio a la población helénica y a los renegados. Esta precaución no fue inútil. Durante la larga lucha que se prepara, Akra permanece siempre en poder de los sirios, y los judíos no la conquistarán hasta el año 141.

Fue interrumpido el culto judío; cesó el *tamid* o sacrificio perpetuo. El templo se transformó según las necesidades nuevas. Júpiter Olímpico sustituyó a Jehová. Según la costumbre helénica, lo único que tenía importancia era el altar mayor, y allí sucedió un hecho gravísimo. Se puso en un pedestal detrás del altar una estatua de Júpiter Olímpico, de modo que era a éste a quien se ofrecían los sacrificios. Esta imagen horrorizó indeciblemente a los judíos. Recordaron siempre la fecha en que se había erigido, y la llamaron la «abominación de la desolación». El mal, en efecto, había llegado al colmo. En vez de Jehová, recibía un rival en su propio templo el humo de las víctimas.

Otros altares semejantes, dedicados a Júpiter Olímpico, se elevaron en las poblaciones cercanas a Jerusalén. Hasta en el santuario de Garizim fue perseguido Jehová. La población samaritana ofreció menos re-

sistencia que la judía. No se habla de ningún mártir samaritano en aquella época.

El culto judío era proscrito de forma severa. Se prohibieron, bajo pena de muerte, la circuncisión, la observación del sábado y otras prescripciones judías. La vigilancia era severísima. Se declaró la guerra al libro causante de todo el mal y se destruyeron todos los ejemplares de la *Thora* que se pudieron encontrar. En las bacanales, todos estaban obligados a tomar parte en la fiesta, coronados de yedra. Los patios del templo pasaron a ser teatro de orgías, donde se entregaban al libertinaje los paganos con las cortesanas. Se contaron hechos horribles, indudablemente exagerados. Dos mujeres fueron llevadas a los tribunales por haber circuncidado a sus hijos, y se las colgó primero por los pechos, siendo después precipitadas de las murallas. Unos cuantos que se habían refugiado en una caverna para celebrar el sábado se dejaron ahumar antes que hacer un movimiento para defenderse. Formáronse numerosas leyendas de mártires. El anciano Eleazar, que se negó a una ficción inocente para salvar la vida, y la madre, que asiste al suplicio de sus siete hijos, son el primer tipo de aquellos relatos que habían de hacer la fortuna del cristianismo.

La terrible impresión que tan trágico estado de cosas había de causar en la conciencia de Israel se tradujo indudablemente en oraciones ardientes y en elegías. La forma de la elegía y la oración en Israel era el salmo. Sin lugar a dudas, hubieron de escribirse muchas composiciones de esta clase, pero no podemos asegurar que figuren en la colección actual de salmos. El alma de Israel no había cambiado, pero el lenguaje sí, y nos parece que composiciones hechas en tiempo de Antíoco serían fáciles de distinguir de las obras clásicas más antiguas.

Israel hasta entonces había soñado con lo infinito, cerrada por un muro: el muro va a caer. Israel enseñará al mundo la inmortalidad del alma que ha desconocido y que jamás profesó dogmáticamente.